

Zoyâ Pirzâd

Nos acostumbraremos

Traducción del francés de
Isabel González-Gallarza

 Siruela

Nuevos Tiempos

Advertencia

En persa, cuando se quiere expresar deferencia o cercanía afectiva, se acostumbra posponer al nombre los términos *janom* (señora), *jan* (señor), generalmente en el caso de hombres jóvenes, y *aga* (señor), para hombres de mayor edad. Este uso denota respeto o familiaridad, según el caso. En un registro coloquial, de superior a subalterno, *aga* también puede preceder al nombre. *Aga* y *janom*, asimismo, anteceden en ocasiones al apellido: es la forma habitual de decir «señor Fulano, señora Mengana». La palabra *yan* (*yun* en un registro no culto) pospuesta al nombre equivale a «querido/-a». Si se reitera, indica una gran intimidad (por ejemplo: Nosrat *yun yun*). Mah-Monir («Luna resplandeciente»), el nombre de la abuela de Ayeh y madre de Arezu, no es un título ni un apodo, sino un nombre femenino compuesto. Obsérvese que en el texto de Zoyâ Pirzâd algunos nombres, masculinos y femeninos, provienen de *El libro de los reyes* de Ferdusi. Sin duda no es simple casualidad. Culturalmente ello puede marcar o bien el entorno social, o bien las ideas de una familia (su relación con la historia de la nación iraní). Muchos de esos nombres volvieron a ponerse de moda en tiempos de la dinastía Pahlavi (1925-1979), en un contexto ideológico nacionalista. Por último, algunos nombres de lugares sitúan la novela en su época, como la avenida Sepah, conocida hoy en día como Imán Jomeini. Otros nombres, sin embargo, se han conservado sin cambios una vez concluido el periodo revolucionario, y corresponden a antiguos barrios, o pueblos, de Teherán, tales como Tayrish,

Sar-Cheshmeh, Golhak, etc., o a lugares históricos como Tup-Janeh (la plaza de la Artillería).

Las notas a pie de página son de Christophe Balaÿ, traductor al francés de esta obra, titulada en persa: *Adat Mikonim*. Y la mayoría de los términos que aparecen en *cursiva* en el texto se explican en un Glosario incluido al final de la novela.

Nos acostumbraremos

Arezu observó el Xantia blanco que trataba de aparcar delante de la tienda de alimentación.

–Apuesto a que no lo consigues, chavalín –masculló con el codo apoyado en la puerta de su coche y una mano en el volante.

El conductor, un joven con barba de chivo, realizó algunas maniobras, sin éxito.

Arezu metió la marcha atrás y se apoyó en el respaldo del asiento del copiloto para mirar por la ventanilla trasera. El joven barbudo la observaba, así como un hombre que estaba tomando un chocolate con un trozo de bizcocho en la puerta de la tienda. Los neumáticos rechinaron, y el R5 consiguió introducirse en el hueco.

–¡Bravo! –exclamó el hombre del bizcocho–. ¡Qué maestría! –y, dirigiéndose al conductor del Xantia, añadió–: ¡Aprende, chaval!

El joven bajó la ventanilla, pisó el acelerador, se apartó de la acera y le espetó:

–¡Un R5 se aparca hasta en una caja de cerillas!

Arezu bajó del coche. En una mano llevaba un maletín negro de cuero cuyas correas de cierre estaban a punto de romperse, y en la otra un registro de vencimientos, también de cuero, y un móvil.

De estatura media, vestida con un abrigo gris de corte recto, se dirigía a un prestigioso negocio con doble puerta de entrada¹

¹ En el bazar, la superficie de las tiendas se calcula en función del número de puertas de entrada que dan a la calle. Una puerta = una tienda. Una tienda con

en cuyo rótulo de madera podía leerse, en letras caligrafiadas de colores desvaídos: «Agencia inmobiliaria Sarem & Hijo».

Un hombre de abundante cabellera blanca y gafas con fina montura metálica se precipitó a abrir la puerta acristalada. Cogió el pesado maletín y el registro de manos de la mujer.

–¡Buenos días, Arezu *janom*!

Su pelo cano y las arrugas de su rostro no casaban bien con sus andares vivos y ágiles.

–Buenos días, *aga* Naim. ¡Felicitaciones por las gafas!

–La señora es muy generosa –dijo Naim riendo–. Tiene muy buen gusto.

Arezu miró el traje marrón que vestía Naim. Otro regalo más de su madre, proveniente del guardarropa de su padre.

Detrás de los cuatro escritorios que ocupaban la sala se pusieron en pie dos muchachas y dos hombres, y saludaron casi al unísono:

–Buenos días, señora Sarem.

–¡Buenos días a todos!

Pasando por delante de los escritorios, se dirigió a una de las dos puertas del fondo.

–¿Qué tenemos hoy?

El joven del primer escritorio se apartó un mechón lacio de cabello negro que le caía sobre la frente.

–Esta mañana tengo tres visitas: tres alquileres, uno de ellos de hipoteca².

Vestía un jersey negro de cuello cisne y un vaquero negro.

–¡Fantástico! Mohsen *jan*, ya te desenvuelves muy bien.

Desde detrás del segundo escritorio, un hombre bajito y grueso declaró:

–Hoy firmamos el contrato de arras de la calle Rafii. Si todo va bien.

doble puerta de entrada es, pues, una tienda grande y prestigiosa con distintas posibilidades, tales como dos contadores eléctricos, ventajas fiscales, etcétera.

² Modalidad de alquiler habitual en Irán que consiste en entregar como anticipo al propietario el importe de una hipoteca como depósito de garantía, a cambio de un alquiler mensual bajo. Al dejar el inquilino la propiedad, se le restituye dicho importe.

Se subió el pantalón, que se le caía.

–¡Si todo va bien, señor Amini!

La muchacha del tercer escritorio sonrió. Al hacerlo, se le formaron hoyuelos en las mejillas.

–El señor Zaryu ha llamado dos veces. Le he pasado las llamadas a la señora Mosavat.

–Y ¿cómo está la sonriente Nahid?

La muchacha del cuarto escritorio no sonreía.

–He enviado los anuncios a los periódicos.

Era una joven delgada de tez mate. Parecía que fuera a echarse a llorar de un momento a otro.

–Tahmineh janom, ¡una sonrisa, por favor!

Naim abrió la puerta del fondo y se apartó para dejarla pasar.

El suelo era de baldosas marrones. Una cristalera que daba a un pequeño jardín ocupaba una pared entera de la habitación. En otra había una fotografía, con un marco de madera, de un hombre de fino bigote, vestido con un traje de rayas, que posaba con el codo apoyado sobre el pedestal de una jardinera en la que crecía un helecho muy frondoso. Delante de la ventana había dos escritorios, uno frente a otro.

Sentada ante uno de ellos, una mujer con la cabeza cubierta por un velo blanco hablaba por teléfono:

–Seguramente habrá llevado a Ayeh a la facultad, y luego tenía que hacer unas compras.

Miró a Arezu quitarse el abrigo. Le guiñó el ojo, llevándose el dedo a los labios para indicarle que no dijera nada, y prosiguió la conversación:

–Sabe usted, Monir *yan*, el móvil no sirve en realidad para llamar, ¡es más bien un adorno!

Se echó a reír.

–¡De acuerdo! Le devolveré la llamada en cuanto llegue.

Colgó el teléfono. Tenía los ojos pequeños y verdes, y las cejas finas. Durante un instante, Naim miró fijamente a la mujer de los ojos verdes y dejó sobre la mesa de Arezu el maletín y el registro.

–La señora la ha llamado tres veces esta mañana. ¿Agua o té?

–Agua.

Naim se volvió hacia la mujer de las cejas finas:

—¿Y para usted, Shirine janom?

Esta le indicó con un gesto que no quería nada. Se levantó y se acercó a Arezu.

—¿Cómo estás?

Naim salió del despacho.

—Bastante bien, ¡pese a esa víbora de Ayeh!

Con una mueca de mal humor, pugnó por abrir las correas del maletín. Por fin lo consiguió, y su rostro se iluminó. Cuando miró a Shirine, sus grandes ojos castaños brillaron.

—He ido a ver la casa de la calle Rezayeh.

Cerró un instante los párpados.

—¡Ah! ¡Qué casa!

Los abrió y añadió:

—Persianas verdes de madera, fachada de ladrillos *bahmani*. Me he quedado extasiada ante el jardín. Me hubiera gustado que lo vieras, estaba lleno de calicantos de Japón.

Levantó la cabeza, cerró otra vez los ojos y dejó escapar un largo suspiro.

—¡Qué aroma!

Sacó varias carpetas de su maletín.

—Había una montaña de caquis. He llamado inmediatamente a Granito. Ha dicho que sí sin verla siquiera.

Shirine se sentó de un salto sobre su mesa.

—¿A quién dices que has llamado?

—A ese constructor que no hace más que fachadas de granito. Por eso Mohsen y Amini le han puesto ese apodo.

Se quedó inmóvil, con la carpeta en la mano. Dirigió la mirada al jardín.

—Había también un estanque. La propietaria me ha dicho que había plantado nenúfares. ¡Qué lástima!

Sacudiendo la cabeza en un gesto afligido, sacó una hoja de la carpeta.

—Tengo las llaves para enseñarle la casa a Granito hoy o mañana.

Y, mirando una fotografía que había sobre su mesa, añadió con una risa amarga:

—De aquí a una semana habrá destruido tan hermosa casa, y de aquí a seis meses habrá construido una torre con columnas

griegas. ¡Dios sabe de qué color será el granito esta vez! ¡Qué lástima! ¡Qué lástima!

En la fotografía salía ella misma abrazando a una muchacha con grandes ojos castaños. Bruscamente, se remitió con una mueca un mechón de pelo debajo del velo.

—Pero ¿a mí qué más me da, después de todo? Lo que es una lástima es que mi padre haya muerto.

Observó el documento.

—Luego he ido a ver al geómetra, pero no estaba. Su hijo tiene rubeola.

Le tendió el documento a Shirine.

—El niño ha cogido la rubeola, ¡por eso el padre no ha ido a trabajar...! Para ganar tiempo he calculado los porcentajes. Y luego ya veremos.

Shirine echó un vistazo a los números.

—¡Bueno! Este al menos sí se implica como padre, ¿de qué te quejas?

—Tienes razón, es que no estoy acostumbrada...

Arezu descolgó el teléfono.

—Antes de que vuelva a llamar la Princesa, ¿puedes decirme qué quería?

Tenía el auricular en la mano y no apartaba los ojos del teléfono.

—Al fondo del patio hay dos habitaciones con baño, cocina y una entrada independiente que da a una calle cercana. La propietaria me ha dicho que construyó ese apartamento para su hijo. Es una señora bajita muy divertida.

Marcó un número.

—Si tuviera el dinero me la compraría yo.

Shirine cogió el teléfono de manos de Arezu.

—Sosíégate un poco antes de llamar. ¿Qué pasa con Ayeih?

—Pues lo de siempre. Habló con Hamid la semana pasada y, desde entonces, echa de menos París. Ayer su abuela y ella me dieron la tabarra con eso, y esta mañana no ha parado de refunfunar durante todo el trayecto desde casa hasta la facultad.

Llamaron a la puerta con dos golpes. Naim entró con una bandeja en la mano y un folleto bajo el brazo. Le ofreció un vaso de agua a Arezu a la vez que dejaba el folleto en su mesa.

–Viene de la fábrica que hace ventanas bipartidistas³. Nos piden que se lo enviemos a...

Arezu se bebió el vaso de agua asintiendo con la cabeza y lanzó una mirada cómplice a Shirine, que hacía esfuerzos por contener la risa. Naim, con la bandeja bajo el brazo, limpió con un trapo el archivador. Encima del mueble estaba colgada la fotografía del hombre del bigote sobre fondo de helecho frondoso.

–La señora ha pedido que la llame inmediatamente.

Se subió las gafas sobre la nariz.

–No entiendo por qué Shirine janom no le ha pasado la llamada.

Arezu dejó el vaso sobre su mesa.

–Muy bien, ya lo he oído, no hace falta que me lo repitas.

Naim masculló algo mientras se dirigía a la puerta.

–La señora ha dicho que era urgente.

La puerta quedó entreabierta. Arezu descolgó el teléfono.

–Tengo que zanjar esto ahora mismo, si no, no podremos librnos de Mah-Monir ni de su agente doble.

Shirine se echó a reír, saltando de la mesa para volver a su sitio. De estatura media, delgada, por no decir flaca, llevaba una blusa blanca con finas rayas azules. Cogió la hoja con los porcentajes y los tecleó a toda velocidad en su calculadora.

–Buenos días, Monir yan –dijo Arezu–. Acabo de llegar. Tenía varios recados que hacer. ¡Sí! La he llevado a la universidad... ¿Estuvo bien la velada?... ¡Fantástico!...

Mientras hablaba, Arezu jugueteaba con unos papeles sobre su mesa.

–¿Qué? ¡No hablará en serio! ¡No me lo puedo creer...!

Se apartó el auricular del oído, sacudiendo la cabeza, y miró a Shirine. Tapándolo con una mano, le dijo en voz baja:

–La señora Nurai ha encargado un guiso votivo para el séptimo día de duelo⁴, pero ha hecho creer que había contratado a un cocinero.

Shirine se llevó la mano a la mejilla.

³ Naim siempre confunde unas palabras con otras. Aquí, por «ventanas bipartitas».

⁴ El duelo chiita se celebra al cabo de cuarenta días desde el fallecimiento. En esta ocasión, se preparan y se comparten ciertos platos concretos.

–¡Qué tragedia!

Las dos mujeres reprimieron una carcajada.

–Monir yan, ahora estoy ocupada –prosiguió Arezu–, luego la llamo... Shirine está bien. Está haciendo las cuentas ahora mismo. Vamos a ver si somos ricas. De acuerdo... Tal vez el jueves... De acuerdo, dele la lista a Naim esta noche. Mañana lo mando a la compra... Yo misma me encargo de la carne... De acuerdo... Se la compraré a Samir... Aparte del tinte, ¿no necesita a Naim para nada más? Bien, bien... Adiós.

Colgó el teléfono y se reclinó sobre el respaldo de su silla, suspirando: «Pufff...».

Shirine hizo girar su silla de izquierda a derecha.

–¡Bueno! Ahora que la ceremonia matinal ha concluido, tengo que decirlo: el señor Zaryu ha llamado dos veces para preguntar...

En ese momento sonó el teléfono de Arezu.

–¡Diga...! No... ¿Por qué tengo que estar yo? Habla con el notario. Por favor, estate atento, no tenemos talones. El pago en metálico o con cheque bancario... Sí... ¡Ánimo!

Colgó el teléfono.

–Amini está en la notaría por la casa de tres pisos de la calle Rafii. Espero que el tipo no nos la vuelva a jugar...

Shirine la interrumpió.

–¿Me estás escuchando, sí o no?

–Sí, te estoy escuchando.

Abrió el cajón de su mesa y se puso a rebuscar en su interior.

–El señor Zaryu pierde el tiempo llamándome. ¿Dónde quiere que encuentre en este caos un piso de techos altos, y encima en un edificio de ladrillo, luminoso, amplio, con habitaciones grandes, un salón que dé a la montaña, y que si esto, y que si lo otro...? Pero ¿dónde se cree que vivimos, en los Alpes? ¡Ah! ¿Dónde está la maldita factura?

Gritó en dirección a la puerta:

–¡Naim!

Este entró.

–¿El *tinto* de la señora?

Tenía en la mano la factura del tinte.

–¿La señora quiere que hagamos hoy mismo la compra para la cena del jueves?

Arezu lo miró un instante.

–¡El tinto no, el tinte! Para lo de la compra ya te llamaré después. Cierra bien cuando salgas.

Naim se dirigió a la puerta.

–Para los frutos secos, nos han dicho que vayamos a *Tavazon*⁵... Pero con tanto tráfico...

En cuanto oyó cerrarse la puerta, Shirine se echó a reír.

–¿Qué pasa, es que tu madre no puede comprar frutos secos si no es en Tavazo?

Arezu bebió dos sorbos de agua.

–¿Tú qué crees? Si, para su cena, la Princesa no tiene los frutos secos de Tavazo, los pasteles de Bibi y las galletas de no sé quién, ¡se hunde el mundo!

–¡Pobre Naim! Siempre corriendo de una punta a otra de la ciudad...

–Tú por él no te preocupes. Por la Princesa, Naim correría hasta el fin del mundo sin detenerse un momento.

Arezu abrió el registro de vencimientos. Shirine le tendió una carpeta.

–Eso es amor. Oye, pero ¿tu padre no estaba celoso?

Arezu miró la fotografía del señor de bigote.

–¿Celoso? –repitió con una risita burlona–. ¡Competían el uno con el otro al servicio de la Princesa!

Volvió la cabeza hacia la cristalera y contempló el jardín. Había flores plantadas en más de la mitad de su superficie. Su mirada se detuvo en los arbustos sin hojas y en las ramas desnudas de la parra virgen que trepaban por las paredes.

–Si de verdad fuera una princesa –murmuró–, no se habrían mostrado tan solícitos con ella.

El teléfono sonaba, Arezu contestaba. El teléfono volvía a sonar, Arezu volvía a contestar. Shirine se encargaba de la contabilidad, tecleando en su calculadora. Sonreía, hacía muecas y se aplicaba en las sumas, las restas, las multiplicaciones y las divisiones. Arezu llamaba por teléfono, pedía explicaciones, las daba ella, y firmaba las cartas que le traía la flaca y melancólica Tahmineh.

⁵ Naim confunde la palabra *tavâzo* ('«humildad») con la palabra *tavâzon* («equilibrio»). Aquí, Tavâzo' es un nombre propio.

Le dijo a la sonriente Nahid:

–¡Otra vez la misma errata, has puesto «apta» en lugar de «acta»!

Le pidió a Naim que extendiera la ropa de su madre en el asiento de atrás de su R5, con cuidado de no arrugarla.

Naim se ofendió.

–¡Pues claro que no la voy a arrugar! Después de tantos años a su servicio, no sé qu...

Shirine lo interrumpió:

–Ya son las once. ¿Qué hay de ese café?

Empujó hacia atrás la silla, apoyó ambos pies sobre la mesa y se puso a mirar el jardín, saboreando su café.

–¡Hum! Cada vez que felicito a Naim por su café, me contesta, con los ojos brillantes, que le enseñó a prepararlo la señora. Y a tu madre ¿quién la enseñó?

Shirine llevaba zapatillas de deporte y calcetines cortos blancos. Arezu empujó hacia atrás la silla a su vez y apoyó también los pies en la mesa. Cogió su taza de café y se puso a mirar el jardín.

–Supongo que alguna de sus amigas armenias... Esta vez, si Hamid me llama, le cantaré las cuarenta, no pienso callarme nada. Desde que volvimos a Irán, todos los años, todos los meses, bueno, y siempre que puede llamar gratis por teléfono y que se acuerda de que su hija existe, le llena la cabeza a Ayeh con ideas de viajar a Francia. ¡Me pregunto si no debería llamarlo yo directamente! ¿Tú qué opinas?

Arezu llevaba zapatos planos de cordones y tupidas medias negras.

Shirine volcó su taza de café sobre el platillo.

–Si tu madre estuviera aquí, me leería los posos del café.

–¿De verdad crees que tengo que llamar a Hamid?

–No. Y si te llama él, no le digas nada. ¿Acaso ha servido de algo todo lo que le has dicho ya?

Shirine puso ambos pies en el suelo y se arrellanó en su silla de oficina.

–No serviría de nada, si acaso solo para que fuera otra vez a quejarse a tu madre de que Arezu es una pesada. Tu madre te reprocharía el haber destruido la vida de su sobrino, ¡y a ti te

tocaría soportar los lloriqueos de Ayeh porque la han separado de su adorable padre!

Dejó la taza de café sobre un pañuelo de papel doblado en cuatro, la quitó, la volvió a dejar y luego la quitó de nuevo, y repitió esos gestos varias veces más.

—En lugar de llamar a tu ex, si quieres mi opinión, llama mejor a Zaryu.

Arezu se irritó, y Shirine más todavía.

—Hay que ocuparse de los clientes, de este como de cualquier otro.

Apartó su taza, cogió un lápiz y se puso a sacarle punta.

—A los demás clientes los llamas al menos cien veces, les enseñas las casas doscientas veces. Consiguen de ti todo lo que quieren.

Los grandes ojos castaños de Arezu se empequeñecieron de desconfianza. ¿Por qué insistía tanto Shirine? ¿En qué estaría pensando ahora? Encendió un cigarrillo.

—A alguien que sabe lo que quiere y que no cree estar en Suiza, me esfuerzo por contentarlo. Amini ya le ha enseñado tres pisos, y yo, cuatro o cinco. Y siempre nos pone pegas...

Se puso a imitarlo:

—«No me gustan estos pisos posmodernos. Lo mío es la sencillez, no me gusta la ostentación, lo que me gusta es que una casa tenga carácter...»

Dio una calada a su cigarrillo.

—¿Carácter? ¡Venga ya!

Shirine soltó un gritito cuando la mina del lápiz se le rompió, y acto seguido volvió a afilarlo.

—Por fin uno que comparte nuestros gustos. ¿Dónde está el problema?...

De pronto se quedó inmóvil. Sus ojos verdes lanzaban chispas. Entonces, como una niña traviesa que roba discretamente un trozo de pastel, tendió la mano hacia el teléfono, descolgó el auricular y pulsó una tecla:

—Marca el número de Zaryu y pásale la llamada a la señora Sarem.

Se dio la vuelta riendo y le guiñó un ojo a Arezu, que se quedó boquiabierta y con los ojos como platos.

–Enséñale la vieja casa de la calle Rezayeh.

Shirine se encogió de hombros con una mueca extraña. Se había comido el pastel que acababa de robar, no había nada que hacer, el teléfono de Arezu sonó.

El sonido de dos pares de zapatos resonó en la casa vacía. A través de las persianas, la luz del mediodía formaba rayas sobre las baldosas grises, hasta la repisa de la chimenea, compuesta por un rectángulo de ladrillos rojos.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Arezu se detuvo en mitad del salón:

–Me había dicho un piso, pero he pensado..., bueno, más bien ha sido la señora Mosavat, que podía gustarle este lugar.

Con las manos en los bolsillos de su pantalón de pana, Zaryu examinaba la altura del techo. Su mirada recorrió toda la pared hasta el zócalo de madera:

–Sí, eso me ha dicho por teléfono y luego en la agencia. Pero quería ver la casa yo mismo. ¡Qué hermoso zócalo!

Arezu se apartó el flequillo y observó a Zaryu. Tenía entradas pero, por detrás, el cabello le rebasaba la nuca. El hombre tenía razón, ya se lo había explicado todo. ¿Por qué se dejaba el pelo largo? ¿Lo hacía a propósito o porque le daba pereza ir a la peluquería? Se metió el móvil en el bolsillo del abrigo y se dirigió a la ventana que daba al jardín. «¿Y qué más me da a mí?», pensó. Abrió la ventana. «En el peor de los casos, como dice Amini, dirá que no.» Abrió también las persianas. «¡Bravo, Shirine! Me has hecho perder la mitad del día.» El perfume de los calicantos de Japón penetró en la habitación a la vez que la pálida luz del sol invernal. Contempló el jardín. Las ramas del arbusto estriaban el suelo, en lo que parecían dibujos infantiles. El estanque era un óvalo perfecto. Algunos caquis colgaban aún de la punta de las ramas. «¡Poco importa que quiera la casa o no!», pensó, en cualquier caso, para ella era una ocasión de volverla a ver. Aun vacía daba la impresión de estar amueblada, como si cada cosa siguiera en su lugar, como si no faltara nada ni sobrara nada... Intentó resaltar las ventajas de la vivienda: sencilla y sin pretensiones. Miró a Zaryu de reojo, estaba al pie de la escalera. Subieron juntos los peldaños de ladrillo hasta el rellano, desde el cual, a través de un

ojo de buey, se divisaba la fachada del gran edificio vecino, en el que cada planta era de un estilo diferente: ladrillos pequeños, mármol verde, cemento liso pintado de rosa y piedras blancas ve-teadas de negro. Las ventanas tenían cristales tintados y persianas doradas. Vio a una mujer que parecía haber tomado prestados el bolso, los zapatos y la ropa a personas distintas; lucía mucha bisutería, y seguramente tendría carreras en las medias. Las habi-taciones de ese edificio parecían muy oscuras. Las cocinas segu-ramente no tendrían ventilación. Arezu volvió a concentrarse en la vieja casa, situada al fondo de un gran jardín. El ojo de buey estaba encuadrado en un marco de yeso en forma de parra.

Zaryu abrió en silencio las persianas del dormitorio. «Tengo que decir algo», pensó Arezu.

–Hace un mes aún vivía aquí la dueña. Es una construcción sólida, como en los viejos tiempos...

–¡En los viejos tiempos sí que se tenía buen gusto!

Por la ventana se veían las montañas.

–¿Es usted arquitecto? –quiso saber Arezu.

–No. ¿Por qué quiere la dueña venderla?

El hombre abrió la puerta del armario. «No le gusta», pensó Arezu. «¡Estás perdiendo el tiempo, hija mía! Pero bueno, por ahora, calma, y a contestar a sus estúpidas preguntas.» Luego se puso a pensar en la propietaria, esa mujer de pelo blanco y expresión alegre que le había enseñado la casa apoyada en su bastón. Había repetido varias veces: «¡Es que dejo aquí tantos recuerdos...!».

Con una mano en el pomo de la puerta del armario, Zaryu parecía esperar una respuesta.

–Porque ha decidido trasladarse a Estados Unidos, donde vi-ven sus hijos.

Arezu miró el interior del armario. ¡Cuánto espacio!

–Esta casa era su dote –añadió sin saber muy bien por qué–. Plantó los caquis del patio con su padre. Aquí casó a su hija.

Y, al darse cuenta de que, de nuevo, estaba dando demasiadas explicaciones, su mirada se cruzó con la de Zaryu, que la escu-chaba atentamente. Volvieron a la planta baja.

–Por supuesto, una casa da más trabajo que un piso, pero, en mi opinión, lo que la propietaria pide por ella es del todo ra-

zonable. Y seguro que podremos conseguir que baje un poco el precio... Por supuesto, imagino que querrá usted hacer algunos cambios.

Arezu miró a su alrededor.

–Por supuesto, yo en su lugar no cambiaría nada, solo la pintura...

Añadió con viveza:

–Si le gusta la casa, por supuesto.

Zaryu la miraba fijamente con aire burlón.

–¡Por supuesto, por supuesto! ¿Podemos recorrerla otra vez?

Estaba a punto de contestar «por supuesto», pero se contuvo a tiempo.

–¿No quiere ver el jardín? A este lado de la casa hay dos habitaciones más con una entrada independiente que da a un callejón. Y también...

–Sí, ya me lo ha dicho. Después.

Se dirigió a la cocina silbando, con las manos en los bolsillos de su pantalón gris.

Arezu lo miró alejarse, hizo una mueca y volvió junto a la ventana. Admiró las cimas de las montañas que se erguían sobre la tapia del jardín, los calicantos, los caquis y el estanque. Se dio cuenta de pronto de que estaba cansada, contrariada y nerviosa. La noche anterior Ayeh había tenido una nueva pataleta: todos sus amigos se habían marchado. Solo había quedado ella en esa universidad tan cutre. Su padre le había dicho que no reparase en gastos. No tenía más que reunirse con él. Se volvió hacia su abuela: «¡Abuela, diga usted algo!», y esta se puso categóricamente de su lado. El «pobre Hamid» se lo había asegurado: «Tía, no repare en gastos». Y luego le espetó a su hija, furiosa: «¿Por qué no te muestras más razonable?». Arezu replicó: «En cuanto Hamid obtenga la preinscripción universitaria, envíe el billete de avión y nos proporcione el acta notarial que garantice que él corre con todos los gastos...». Mah-Monir se sulfuró: «¡El acta notarial! ¡El acta notarial!», repitió con tono irónico. «Ya se ve lo que has aprendido en esa birria de agencia en la que trabajas.» Ayeh refunfuñó, apoyó la cabeza en el hombro de su abuela y se echó a llorar.

Con la mirada perdida en las montañas, Arezu pensaba: «Vale que Ayeh sea una niña que no se entera de nada. Pero ¡mi madre!

¿Es que aún no ha entendido, después de tantos años, que lo que dice Hamid es puro viento?». Contempló los calicantos de Japón y se hizo esta reflexión: «Desde que era un niño, Hamid seduce a todo el mundo con su labia».

—¡Hay nenúfares en el estanque!

Arezu se sobresaltó. Zaryu se sacó la mano del bolsillo.

—¡Perdone, la he asustado!

—Sí, bueno, no. Estaba distraída. Pero no pasa nada. ¿Ya lo ha visto todo?

—Sí, pero... El caso es que no sé bien.

Se frotó el lóbulo de la oreja.

—Lo entiendo, usted andaba buscando un piso. Pero es que encontrar un piso con las características que me ha dado...

Arezu se encogió de hombros.

—En su opinión, ¿dos dormitorios son de verdad suficientes?

Miró por la ventana.

«¡Eso tienes que decidirlo tú, tío!», pensó Arezu, y dijo en voz alta:

—También están los otros dos al fondo del patio.

Intentó recordar cuántas habitaciones había especificado Zaryu que quería en el formulario que había rellenado para la agencia, pero no le vino a la memoria. Añadió:

—Por supuesto, eso depende de cuántas personas vayan a vivir en la casa.

«He vuelto a decir “por supuesto”», pensó.

—Solo una, quizá dos... o tres. En su opinión, ¿de qué color debería pintar las paredes?

Fue hasta la chimenea, se apoyó en la repisa y examinó las paredes. Los ladrillos jugaban al escondite con el sol.

«No va a comprarla», se dijo Arezu.

—Elija el color que más le guste —contestó consultando su reloj.

—¿Llega usted tarde a algún sitio? —quiso saber Zaryu.

Antes de que pudiera abrir la boca para contar una mentira, el hombre se volvió hacia la ventana, con las manos en los bolsillos.

—¿Por cuánto se podrían alquilar las dos habitaciones del fondo? ¿Qué color elegiría usted para las paredes?

Arezu apretó los labios recordando los consejos que daba a

los empleados de la agencia: «Siempre hay que darle la razón al cliente, aunque no vaya a comprar».

–Por un buen precio. En cuanto a las paredes, quedaría bien pintarlas de blanco. Eso facilita la elección de los colores de las cortinas así como de los muebles.

–Tiene razón –dijo el hombre, volviéndose hacia ella–. ¿Ha dicho las cortinas y los muebles? Pero ¿dónde se compra todo eso?

«Este tío es tonto o ¿qué le pasa?», se dijo Arezu, y olvidando lo de «darle la razón al cliente» soltó una risita burlona y replicó:

–¡En las tiendas de cortinas y de muebles!

Zaryu se la quedó mirando fijamente.

–¡Anda, tiene los cordones desatados!

Cuando Arezu se inclinó para comprobarlo, se le salió el móvil del bolsillo del abrigo y cayó al suelo.

–¡Huy! –exclamó, disponiéndose a recogerlo.

Pero Zaryu fue más rápido. Cogió el móvil sin prestar atención a Arezu, que seguía inclinada con la mano tendida. Examinó el teléfono y declaró:

–Se ha apagado.

Pulsó la tecla OK, hizo un gesto negativo con la cabeza y la pulsó de nuevo:

–Me parece que se ha roto –declaró, devolviéndoselo a Arezu.

Con las manos en los bolsillos, volvió a bajar la escalera hasta la ventana del rellano y allí se detuvo. Luego se dirigió a la puerta de entrada.

–Las puertas son bonitas, pero los pomos no.

Arezu trató varias veces de encender el móvil, repitiendo para sus adentros: «¡Cabronazo estúpido y chalado!».

–La compro –declaró Zaryu desde el umbral.

El restaurante estaba situado en un parquecito cercano a la agencia. El maître se precipitó a su encuentro:

–Buenos días, señora Sarem, buenos días, señora Mosavat, bienvenidas, por favor.

Shirine y Arezu se sentaron en su mesa habitual, junto a la ventana que daba al parque, frente a la pequeña glorieta. El maître retiró los cubiertos que sobraban.

–¿Lo de costumbre, o les traigo la carta?

Shirine dejó el móvil y las llaves sobre la mesa.

–Para mí lo de costumbre.

Arezu dejó el bolso sobre el alféizar, entre dos grandes mace-
tas de azaleas.

–Yo igual: pollo asado deshuesado.

–También tenemos truchas frescas –añadió el maître.

–Dos pollos asados... muy... –añadió Shirine.

–Muy asados –la interrumpió el maître, riendo.

–Y dos ensaladas sin...

–Sin aliño, con limón –completó el maître sin dejar de son-
reír-. ¿Y de beber?

–Cerveza sin alcohol –contestaron los tres a coro.

El maître se inclinó ligeramente y se retiró.

Shirine apoyó los dos codos sobre la mesa, cruzando los dedos.

–¡Perfecto!

Se había pintado las uñas de beis. Arezu quitó del centro el
jarroncito con su gladiolo y lo colocó en una esquina de la mesa.

–Por cierto –dijo, ahogando una carcajada–, al principio pen-
saba que no iba a comprar y no paraba de maldecirte mentalmen-
te por haberme impuesto esa visita.

Sus uñas eran cortas, y las llevaba sin pintar.

–Por supuesto, cuando me anunció que sí compraba, ¡inme-
diatamente te pedí perdón!

Volvió a reír bajito, abriendo el bolso.

–Pero aun así me ha hecho un montón de preguntas tontas, de
qué color pintar las paredes, dónde comprar los muebles...

Sacó el móvil del bolso.

–Pero bueno, gracias a Dios nos hemos librado de Zaryu, y la
casa no ha ido a parar a manos de los promotores.

Comprobó si su móvil funcionaba.

–...También me ha destrozado el dichoso móvil.

–Pero si tú misma has dicho que se te había caído del bolsillo.

–¡Sí! Pero ha sido porque ese imbécil me ha dicho que tenía
el cordón desatado, y, al inclinarme, se me ha caído del bolsillo.

Volvió a guardar el móvil en el bolso.

–¡Y ni siquiera tenía el cordón desatado!

El camarero dejó en la mesa un cestito con pan y un plato de

queso a las finas hierbas. Los pequeños ojos de Shirine empequeñecieron más aún:

—¿Qué me dices, no tenías el cordón desatado?

—¡No! Supongo que quería hacerse el interesante.

Alargó la mano hacia el cestito. Shirine le dio una palmada:

—¡Habías decidido dejar el pan!

Cogió un rábano del plato.

—Anda, toma, cómete mejor un rábano.

—Hoy olvídate de eso. No tengo humor para hacer dieta.

Se reclinó en el respaldo de su silla y se puso a mirar el parque. La pequeña glorieta estaba rodeada por una hilera de sauces llorones. En medio se dibujaba un estanque redondo, en cuyo centro se erguía la estatua de un cisne o quizá un pato.

—¡Las protestas de mi madre y de Ayeh, la inconsciencia de Hamid...!

Un joven pintaba de rojo uno de los bancos colocados alrededor del estanque.

—¡Y hoy todo lo que ese imbécil me ha obligado a soportar!

Volvió a coger el móvil y pulsó la tecla OK, imitando a Zaryu:

—En su opinión, ¿de verdad son suficientes dos dormitorios?

Quitó la batería.

—En su opinión, ¿dónde se compran las cortinas?

Sacó la tarjeta SIM y trató de volver a encender el teléfono.

—¡Era como si estuviera contratando a una decoradora!

Miró el móvil con expresión sombría.

—No, decididamente, ya no funciona.

Shirine observaba a Arezu mientras mordisqueaba un trocito de puerro. Cuando el camarero les sirvió las cervezas y se retiró, declaró:

—¡Le gustas!

—¿A quién?

Bebió un sorbo de cerveza.

—A Zaryu.

—¡Sí, seguro!

Shirine esperó a que el camarero dejara en la mesa la ensalada y los limones cortados en mitades.

—¿Y por qué no? Es un hombre educado y cortés, no puedes negarlo. Parece tener pasta. Y no es feo.

–¡No es feo, qué va, con ese pelo largo en la nuca!
Se sirvió ensalada. Shirine roció la lechuga, los pepinos y los tomates con zumo de limón.

–¡Anda! ¡Pero si te has fijado en su pelo!

Arezu cogió un trozo de pan mirando a Shirine a los ojos.

–¡Deja de refunfuñar! Tengo razones para comer pan. Y no estoy tan ciega como para no fijarme en su pelo.

El maître les sirvió el pollo asado.

–¿Desean algo más?... ¡Pues que disfruten del almuerzo!

Dicho esto, se retiró.

Shirine exprimió otro limón sobre su plato de pollo.

–¡No empecemos, por favor! No estoy de humor.

–¿Por qué?

Se lamió el jugo de limón de los dedos.

–¿Quieres dejarme en paz? Mi madre ha montado una agencia matrimonial para casar a Ayeh. ¡Así que ahora no empieces tú también con lo mismo!

Volvió a lamerse los dedos.

–Ayeh puede defenderse muy bien de Mah-Monir, pero yo contra ti no puedo nada.

Shirine levantó la cabeza. Sus ojos verdes parecían los de una pantera.

–¿Quién habla de casarse? ¡Una aspirina, querida, lo que tú necesitas es una aspirina!

–¿Quién ha dicho que yo necesite una aspirina?

–Yo.

–¿Y tú no la necesitas o qué?

–No, yo no padezco migraña. Quiero decir que no tengo que ocuparme a la vez de mi madre y de mi hija, no tengo que mantener dos casas y soportar encima los problemas de mi ex...

Su mirada se dulcificó.

–Pero ¿por qué no lo entiendes? Necesitas a alguien que te dé paz con atenciones, con «te quiero», con flores, con mentirijillas, con mimos... Nada más. Y algo me dice que ese señor es una aspirina excepcional.

–¡Qué tontería! ¿No te vas a comer esas patatas?

–No, ya no las quiero, ni tú tampoco. Te has comido todas las tuyas, ya es suficiente.

Vació su plato en la maceta de azaleas. Arezu miró a su alrededor y ahogó una carcajada.

–¡Estás loca!

Cruzó los cubiertos sobre el plato y lo apartó.

–Bueno, y ya que te has encariñado con esa maravilla, ¿por qué no te la quedas para ti?

–Yo me he quedado empachada con la sopa que me preparó mi propia maravilla. ¡En cuanto esté mejor y vuelva a tener ganas de sopa, me la quedo encantada!

Cruzó a su vez sus cubiertos sobre el plato y lo apartó. Arezu encendió un cigarrillo, dio una calada y expiró el humo.

–¡No me vengas con historias, sigues enamorada de *Esfandyar* y estás esperando que vuelva del fin del mundo! ¡Cabritilla, no te mueras, que pronto llegará la primavera! Pásame tu móvil para que compruebe si la sinvergüenza ha vuelto a casa.

–¿Quién te ha dicho a ti que lo estoy esperando?

Le pasó el móvil y, con la barbilla apoyada en la mano, se puso a mirar el parque. El joven seguía ocupado pintando el banco.

–Todavía hay sobrecarga en la red; a no ser que Ayeh esté conectada a Internet.

Dejó el móvil en la mesa y miró a Shirine, que seguía absorta en la contemplación del parque. El banco rojo formaba una mancha viva sobre el gris del cielo y el marrón de los árboles desnudos. El cisne –o el pato– que se erguía en mitad del estanque era de un malva intenso. Dejó escapar un profundo suspiro.

–¡Bueno, está bien! Deja de poner esa cara. Retiro lo que he dicho. ¡A lo mejor vuelve, después de todo!

Antes de que Shirine se transformara en pantera, Arezu le dijo en voz baja:

–¿Quieres que hagamos algo importante? ¡Al cuerno los hombres! ¡Vamos a tomarnos cada una un enorme helado de vainilla con tutti-frutti! –susurró, acercando la cabeza a su amiga.

Shirine se volvió y frotó la mejilla contra su hombro, como una gatita.

Naim abrió la puerta de la agencia. Solo estaba sentada a su mesa Tahmineh, la morenita malhumorada, pero se levantó apartando bruscamente su silla. Naim se puso a refunfuñar:

–¡Nadie ha vuelto todavía, les dejan hacer lo que les da la gana!
–No se están retrasando –replicó Shirine–. Son las tres menos cuarto. Y tú, Tahmineh, ¿por qué no te has ido a comer?

Tahmineh bajó la mirada. Naim fue a abrir la puerta del fondo.

–La señora ha llamado para encargar unas frutas. He ido a comprarlas. Ha llegado un paquete para usted. Lo he dejado en su mesa. No sé de dónde viene. Ha llegado por correo experto.

–¿Qué? –se extrañó Shirine.

–Por correo exprés –corrigió Arezu.

Un paquete rectangular, envuelto en papel de regalo, la esperaba sobre la mesa. Arezu lo cogió y lo examinó por todos lados, mientras Naim oscilaba de un pie a otro en el umbral de la puerta, repitiendo:

–¿No sabe quién ha podido enviarlo?

Las dos mujeres se miraron.

–¡Naim, tráenos agua! –exclamó Shirine.

–¡A sus órdenes! –contestó Naim sin moverse de su sitio.

–¡Agua, aga Naim! –repitió Arezu.

–¿No piensa abrirlo? –insistió Naim–. ¿Y si fuera una bomba o algo así...?

Arezu se arrellanó en su sillón, dejando delicadamente el paquete en medio de la mesa.

–Tienes razón. ¿Y si fuera una bomba o algo así...? Anda, ve a traernos el agua que te hemos pedido. Te esperamos para abrirlo.

En cuanto salió Naim, Arezu y Shirine se precipitaron sobre el paquete y rompieron el papel que lo envolvía. Era la caja de un teléfono portátil, y en ella se veía la foto de la marca, el modelo, el número y la descripción, todo ello acompañado de una tarjetita. Fuera se oyó ruido de pasos. Las dos mujeres se miraron un momento. Shirine arrugó el papel de envolver y lo tiró a la papelera que había debajo de su mesa. Arezu guardó la caja y la tarjeta en el cajón de la suya, y lo cerró.

Llamaron a la puerta con dos golpecitos. Naim entró con dos vasos de agua. Shirine abrió una carpeta, mientras Arezu le daba las gracias a Naim y cogía su vaso de agua. La mirada de este se posó por turnos en cada una de las mujeres, y luego preguntó:

–¿Qué era, Arezu janom?

–¿El qué?

El hombre frunció sus blancas cejas.

–¡Pues el paquete!

–¿Qué paquete? –preguntó Shirine extrañada.

–¿Qué paquete? –repitió Arezu.

El hombre alisó el ceño, pero puso cara de pocos amigos. Las gafas se le resbalaron sobre la nariz. Se dirigió a la puerta refunfuñando:

–¡Muy amable por su parte! ¡Después de tantos años de servicio, da gusto ver la confianza que tienen en mí! ¡Muchas gracias, sí, muchas gracias!

Y salió dando un portazo. Las dos mujeres se echaron a reír. Cogieron la tarjeta y la leyeron juntas:

De parte del responsable del destrozo del teléfono.

Atentamente,

Sobrab Zaryu

Se miraron, enarcaron las cejas las dos a la vez e inclinaron la cabeza hacia el mismo lado, exclamando: «¡Vaya, vaya, vaya...!».